

El indiscreto héroe Vargas Llosa –que, siendo peruano y español, debe de saber de patrias más que uno que apenas ha salido de la aldea–, sostiene que el nacionalismo es volver a la tribu, pero a mí lo de la última Diada me pareció bastante civilizado y democrático. De Cataluña también creo que es envidiablemente avanzada la inquietud de sus gentes por la cultura y, concretamente, por la actividad teatral en todas sus facetas, hasta el punto de ser una de las mejores canteras de Europa. ¡Ya quisiéramos en el resto de España, incluido el frustrado Madrid olímpico de Ana Botella, donde los únicos juegos que prosperen tendrán que hacerlo sobre el verde tapete reclinados! Me río solo tratando de imaginar qué diría Pepe Rubianes –que era galaico, catalán y español de la España de Lorca– de

JONÁS SAINZ
CRÍTICA DE TEATRO

PARTIDO DE LA RISA



este deprimente país de Wert y de Mariano; dónde les mandaría que se lo metieran con charanga y pandereeta incluidas.

El inolvidable Rubianes pertenece a la memoria del teatro catalán como pertenecen Joglars, Dagoll Dagom o Comediants, e incluso un trío estrictamente mímico como Tricicle es en parte deudor del cómico que también supo hablar ‘Sin palabras’. Precisamente, en la época de aquel memorable espectáculo gestual nació Clownic como segunda compañía de Carles Sans, Joan

TICKET

Compañía: Clownic, con la colaboración de Tricicle. Dirección: Marc Montserrat. Intérpretes: Gerard Doménech, Edu Méndez y Xevi Casals. Teatro Bretón de Logroño

Gràcia y Paco Mir, que, sobre todo al aparecer en la ceremonia de los Juegos de Barcelona, se hicieron tan famosos que necesitaron *clowns* clónicos para actuar al menos en dos lugares a la vez. Como la bilocación, de momento, está reservada a los grandes místicos, la factoría Tricicle empleó este ardiz más mundano pero igual de lucrativo. Con licencia

para imitar, Clownic montó en triciclo y, tras muchos años de inercia, su propio espectáculo de mimo cómico. Tiqui-taca.

‘Ticket’ tiene un núcleo realmente original y brillante en el que juega a meterse literalmente en una película muda de Buster Keaton o de Charlot y a encarnar a sus deliciosos personajes sobre el escenario en un efecto continuo de acción y humor. El resto es un envoltorio digno de la marca Tricicle, algo más gamberro, con gags que recuerdan también a los hermanos Marx, a Mr. Bean y otros maestros del cine cómico y el humor absurdo. Está bien, pero ya lo hemos visto.

Y yo, más acá de las carcajadas, recordé a Pepe Rubianes sacándose el corazón del pecho, partido de medio a medio por la risa. Umbrío por la pena, partido por el teatro y por la vida: ¡cuánto reír para morirse uno!